**El Problema cero**

**El coronavirus ¿es el enemigo de verdad?**

**Juan José Goñi Zabala**

Decir que hay que cambiar para resolver los problemas graves es muy frecuente, pero cambiar para que no se repitan es muy difícil. Las soluciones que debemos adoptar provienen de dar respuesta a las preguntas correctas, que supuestamente se centran en los orígenes de los problemas. Por nuestra tendencia -hoy muy mayoritaria- a situar el origen del problema fuera de nosotros, optamos por soluciones donde el cambio se asigna a otros y en nada a nosotros. Decir que el coronavirus es el enemigo es otorgarle una categoría de ser pensante con capacidad de decisión, que no tiene. Así, siguiendo estos falsos supuestos, se construyen falaces relatos de lo que nos ocurre, y peor aún desviamos el diseño de las soluciones a la provisionalidad de lo inmediato y a la responsabilidad de otros, pretendiendo evitar así lo que nos está pasando.

Los cambios más fundamentados comienzan cuando cambiamos las preguntas, porque aunque ya tengamos las respuestas convencionales a las preguntas de siempre, estas y sus respuestas no valen para avanzar. Todo problema se puede entender como un desajuste entre lo que queremos y lo que tenemos. Esta doble mirada es pertinente cuando queremos actuar sobre las causas de lo que está en nuestras manos y que podríamos cambiar. En este sentido podemos intentar resolver esta pregunta: ¿Es el coronavirus el enemigo de verdad? Es cierto que si no existiera no tendríamos este problema y también es cierto que con otras capacidades sociosanitarias, otras prioridades económicas y otros modelos de movilidad el problema no habría sido tan notorio. Resolver acusando al coronavirus evita buscar y valorar las acciones y condiciones, que seguramente hubiesen hecho no ocurrir lo que ha ocurrido. Centrar el problema en el enemigo externo -el virus- ciega el camino de soluciones en las que podemos hacer algo útil, para que procesos similares puedan ser abordados con mayor seguridad y menos daños personales y sociales. Este ejercicio antipandemia que ahora confiamos a una solución externa, la vacuna, no vale para resolver otras cuestiones tan importantes como el cambio climático, o la creciente desigualdad social, y otras vinculadas. Pero tal vez valga y mucho para ese importante aprender del que todos esperamos –en teoría- muchos frutos tras esta desastrosa experiencia.

La verdad percibida, que es la que vale para crear opinión, se construye con los distintos relatos de los acontecimientos, que son los mensajes que recibimos todos los días y muchas veces al día. Los relatos crean un lenguaje y un modelo causa efecto que adoptamos con facilidad si trae novedades no muy conocidas o es relatado por autoridades o expertos que como tal se manifiestan. Esta elaboración de conceptos es compleja, mutante y personal, fruto no solo de los relatos, su contenido y su escenificación, sino en gran medida de las expectativas, necesidades y conocimientos que poseemos sobre lo que acontece. Habría que reconsiderar además muchas intenciones ocultas en estos relatos que recibimos. Los términos seguridad, libertad, responsabilidad, sostenibilidad, normalidad, recuperación, bienestar y progreso se cocinan para crear nuevos relatos más cercanos a los intereses de los agentes implicados. Por ejemplo no era obligatorio el uso de mascarillas cuando no había suministro, pero ahora son imprescindibles en todas las situaciones de proximidad ya que el mercado está suministrado.

Que tenemos un problema o muchos es una cuestión evidente, y que un problema y su magnitud se definen bien observando la diferencia entre lo que somos y tenemos, y lo que quisiéramos o no, ser y tener. Abordar las causas es más difícil que tratar los síntomas, pero lo primero es más eficaz si estamos dispuestos a enfrentar de cara el problema u otros similares por un tiempo. El enemigo está entre nosotros, no es el virus, y se expresa claramente en las formas de abordar esta situación antes, durante y después de lo que está ocurriendo.

Decía Quevedo “Si los principios yerran, todo es errado”. No estamos en una guerra contra el coronavirus. A pesar de que en los partes diarios han estado repitiendo hasta la saciedad que el enemigo es un ser vivo -un virus- y sus acciones son agresivas respecto a nosotros, la situación no es un problema de seguridad nacional sino de emergencia biológica por incapacidad de recursos sanitarios. Una guerra requiere un enemigo inteligente que adopta diversas estrategias de ataque según las circunstancias y que busca destruir nuestros bienes o vidas. Serían bienvenidos otros relatos educativos de representantes de la ciencia, de la sociología, de la investigación hecha y no hecha, de la biología, de los servicios básicos y del tercer sector que nos aportaran sus verdades, nos dieran sus propuestas y recomendaciones para el futuro. Salir de la obviedad de los simples números y de las imágenes de alarma para buscar las causas primarias de lo que no ha sido. Para que la gente confíe y apoye más la buena salida de esta pandemia e ir un poco más allá y no volver a lo mismo, necesitamos relatos de nuevo diseño, expertos que nos asesoren en los cambios de conducta y que corrijan las inadecuadas prácticas colectivas que nos invaden. Hay que empoderar a la población -educando en los efectos de sus actos- no sólo respecto a su responsabilidad con su propia salud sino a sus comportamientos respecto a todos lo demás, con mayor conocimiento ahora y en la llamada nueva normalidad de las consecuencias de lo que hace. Una cosa es que haya personas que ignoren las restricciones con una irresponsabilidad manifiesta y otra que esto haya sido una parte significativa del relato diario de una gran mayoría.

**El coronavirus es un adversario biológico no inteligente (ABNI)**. La lógica de la vida consiste en adaptarse al entorno mutando y así progresar viviendo. Nuestra lógica -de los humanos-también ha sido y es así desde siempre, pues somos parte del sistema de la vida en la tierra. No obstante nos hemos creído ser mucho más importantes para el planeta de lo que realmente somos. Los que han visto en estos días la primavera del 2020 en los campos y los humanos confinados en sus casas, lo observan con claridad. La naturaleza no nos necesita, sigue su curso imparable. El antropocentrismo de los seres humanos como superiores se da de bruces con la realidad cuando ocurren estas circunstancias biológicas. El virus es un adversario en la carrera por la vida de los seres vivos. Pero ¿quién es realmente el enemigo? El mayor error ante un peligro cierto es no reconocer bien la causa, o combatir y tarde los síntomas, allí donde casi nada o muy poco se puede mejorar o cambiar.

**El enemigo de verdad -a combatir- son nuestras formas de pensar, actuar y organizar nuestras vidas de humanos. Sin visión de largo, desdeñando el valor del conocimiento, compitiendo por todo, errando en la felicidad, abandonando el planeta, despoblando el campo, engañando a las normas colectivas, llevando la tecnología solo a los negocios y no a la sociedad, y tras ello actuando de forma individualista y heteroresponsable, nos pasarán muchas cosas irreparables y no deseables.**

El problema, como vemos ahora, es de distinta dimensión según países, culturas y modos de vida y por ello se aborda con estrategias diferentes. Los problemas son distintos porque son los nuestros, las diferencias son los grupos humanos y sus dirigentes, aunque el virus sea el mismo.

Una recopilación de causas relevantes en el origen del problema cero nos lleva a considerar nueve aspectos en la anterior afirmación sobre el problema cero que diríamos ahora. Nos referimos a nuestra forma de organizar la vida de los humanos que están determinando las consecuencias de los problemas que vamos a ir experimentando en nuestra sociedad y en las distintas poblaciones humanas. Reflexionar sobre ellos nos permitirá tomar conciencia de que otros rumbos son posibles y que cada vez se hacen más imprescindibles.

1.-El primer componente del problema que nos ocupa es la falta de previsión o de visión a largo. No vale decir que era una situación imposible de prever. Existen diversas iniciativas sobre simulaciones realizadas en algunos países para adquirir esquemas, tecnologías o modelos de comportamientos para preparar pautas y recursos para estas situaciones. Quienes hayan previsto más y mejor, y se hayan dotado de recursos a tiempo, tienen mayores capacidades de conocimiento y disponen por ello de pautas rápidamente aplicables para recibir un menor impacto de esta pandemia. Ya lo decíamos hace unos días que el trabajo de prevención en salud, en educación y en atención social es básico, y no se improvisa. No tenemos buenos sistemas en estos ámbitos porque la gestión mayoritaria es de tipo correctora y a posteriori. Esta gestión busca optimizar los costes asumiendo riesgos cada vez mayores. La economía de lo evitable predica lo contrario, y es sin duda una gran inversión que renta mucho si va acompañada de buen conocimiento. Los presupuestos, los salarios y los niveles de capacitación profesional en la investigación y en la prevención son campos críticos en una sociedad que decimos de progreso, si estos gastos están bien orientados por un mejor conocimiento.

2.-Un segundo elemento práctico de la dominante visión a corto, que cobra naturaleza propia, es el abandono de la investigación. Es el componente causal de este y otros de nuestros problemas. Hemos desdeñado la importancia del conocimiento maltratando la investigación y sus raíces. La investigación científica no se improvisa, y realizar recortes importantes conduce a la pérdida no solo del dinero recortado sino de mucho más, por el trabajo previo abandonado que ya no sirve para nada. La investigación es como las raíces de una planta que requiere riego lejos de las ramas para que estas den frutos; estos son el progreso y el alivio de los problemas potenciales. Algunos han invertido tiempo, sin el problema en vivo, para evitar parte de lo evitable, y han sufrido mucho menos. La economía de lo evitable es la economía más rentable, que incluye entre otras cosas la Investigación. Pero no se orienta al corto plazo de hoy, pero si al de mañana. La investigación científica que deseamos se refiere a simular, estudiar opciones, diseñar equipos, formar personas, desarrollar medios para lanzar fármacos o vacunas, o crear nuevos modos de organizar los servicios y las ciudades. No se puede prevenir ni investigar tarde, cuando los acontecimientos sobrepasan las capacidades y esto nos está pasando desde hace tiempo. Hemos mantenido durante el confinamiento un falso dilema entre seguridad y libertad, como dos partes alternativas de una balanza. Aumentar una es perjudicar a la otra, es un pensamiento erróneo, sin percatarnos que más conocimiento previo permite aumentar las dos simultáneamente. Si conociéramos mas sobre la enfermedad, seguridad y libertad pueden aumentar pues actuaríamos con más eficacia.

3.-El tercer aspecto de nuestro problema es el espíritu de competición que hemos creado para todo. Nos creemos que competir y ganar es siempre el objetivo. Y esto que lo justificamos en el mundo de las empresas se extiende a la educación, la política, la salud, los suministros esenciales y los servicios básicos. Desde luego, competir es un diseño poco inteligente desde el punto de vista colectivo pues solo triunfa uno y los demás pierden, y más aun cuanto más miembros compitan, pues el ratio de fracaso es mayor. La cooperación es un modo de educar en lo común tan válido como la competición, pero de muy distintos resultados respecto a las buenas relaciones y logros, que según decimos todos ansiamos. Se educa en la competición desde la tierna infancia y se amplifica en la edad adulta a través del éxito consistente en “tener más que”. Incluso el deporte que debiera ser un generador de relaciones de equipo y de salud pública se convierte en rivalidad, e incluso violencia entre grupos de aficionados. Y esta rivalidad se alimenta desde las marcas comerciales y medios de comunicación que elevan a los altares a los “nuevos santos del deporte”. Las disputas se trasladan como es lógico a los aprendices del futuro en los equipos de niños, adolescentes jaleados por sus progenitores.

4.-El cuarto aspecto es el relativo a impulsar la felicidad como un estado mayoritario en la vida ordinaria de muchas personas. Existe una gran deriva de lo que entendemos y nos trasladan comunicativamente para la búsqueda de esa ansiada felicidad. Erramos cuando la relacionamos con el nivel de vida, cuando derivamos a la compra compulsiva de lo innecesario, cuando no tenemos tiempo para estar con otros cercanos, cuando esperamos conseguir las cosas sin esfuerzo, cuando confiamos en el juego para tener dinero, cuando infravaloramos el aprendizaje continuo en la vida, y cuando tratamos al otro como inferior o adversario por no ser de la misma forma de pensar. Esta forma de errar en la aproximación deseable a la felicidad se alimenta de una sociedad mundial que no sabe parar de producir y publicitar para vender, y emplea el consumo como falsa fuente de generación de bienestar. La competición se instala también en la vida política buscando el poder a toda costa, incluso anteponiéndose al bienestar de los gobernados. La estructura de partidos, falsamente llamada democracia, divide la sociedad en bandos y fomentan la separación de los intereses de los mismos. No sabemos bien lo que significa progreso en términos de calidad de vida y bienestar. La educación de los más jóvenes es la simiente de su futuro. Lo decían los griegos “Eduquemos bien a los niños para no tener que castigar después a los hombres”. La educación individualista de hoy es el coronavirus social de las próximas generaciones, que rebrotará cuando las circunstancias de escasez en algún recurso sean notorias, ante una catástrofe de algún tipo.

5.-El quinto aspecto de nuestro problema es el abandono del planeta y del medio ambiente. No hace falta volver a insistir en que estamos haciendo transformaciones del entorno planetario como para abrir una nueva era llamada “antropoceno”. El impacto en los recursos naturales terrestres, marítimos y aéreos determina cambios radicales en el clima, la biología, la salud y los hábitats de las especies. Los sistemas de obtención de energía, la contaminación inherente a los modos de vida y el creciente consumo sobre el que se articula la economía determinan deterioros irrecuperables sobre variables climáticas y biológicas. Entre los 17 Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS), ocho se refieren a este gran capítulo del planeta y sus sistemas: Agua limpia y saneamiento, Energía asequible y no contaminante, Industria, innovación e infraestructura, Ciudades y comunidades sostenibles, Producción y consumo responsables, Acción por el clima, Vida submarina, Vida de ecosistemas terrestres

6.-El sexto problema es el crecimiento desorbitado de las ciudades con un abandono masivo de lo rural. No nos damos cuenta que hemos multiplicado por 8 la población de humanos en 120 años, y que la hemos duplicado en los últimos 60 años. Y además este crecimiento lo estamos concentrando en las nuevas muy grandes ciudades. Desde 2005 todos los nuevos habitantes que contabilizamos en el planeta están viviendo en las grandes ciudades. Residuos, contaminación aérea y acústica, pérdida de biodiversidad, monocultivos, calentamiento global, dependencia energética, transporte sostenible, y movilidad entre otros temas, se tornan en problemas muy graves y crecientes insertados en nuestras formas urbanas de vida. Esta concentración humana sin precedentes es una autopista de ocho carriles para las enfermedades contagiosas como esta del Covid-19 o la misma gripe. Si el virus las tuviera, nos aplaudiría con las orejas, por las ventajas para su supervivencia. No hay más que ver los efectos tan dispares de esta pandemia en las grandes ciudades y en territorios de población muy distribuida.

7.-El séptimo aspecto es el engaño a las normas colectivas. “La norma es esquivar la norma” si me supone un coste o un esfuerzo. “La norma es exigir la norma” si me beneficia o reivindicar la igualdad de trato cuando beneficia más a otros, bajo la permanente referencia a la igualdad ventajosa. Las normas nacen ya con la presunción de engaño, pues se ocupan más de determinar las sanciones a su incumplimiento que las recompensas y ventajas a quienes las cumplen y extienden, pues se suponen que están construidas en busca de un beneficio colectivo. Este estado de cosas genera un enfrentamiento motivacional entre administradores y administrados, entre proveedores y clientes, entre políticos y ciudadanos, entre vecinos, entre jefes y empleados, entre agentes de seguridad y ciudadanos y en la mayoría de los ámbitos que se regulan por normas colectivas. La energía y los recursos se dilapidan en sistemas de relación donde la vigilancia y el control ocupan una parte importante de la actividad. Las relaciones son de tres tipos: depredadoras cuando las dos partes pierden, parasitas cuando una parte vive a costa de la otra o simbióticas cuando las ganancias son mutuas. Lamentablemente estas últimas no son las más frecuentes, por lo que los nuevos problemas acrecientan los conflictos en relaciones poco o nada empáticas.

8.-El octavo aspecto se refiere a la concentración de los recursos del conocimiento en pocas personas. El conocimiento no se reparte ni los beneficios del mismo, aunque es un bien público citado desde 1948 en la Declaración Universal de los Derechos Humanos. (“Toda persona tiene derecho a tomar parte libremente en la vida cultural de la comunidad, a gozar de las artes y a participar en el progreso científico y en los beneficios que de él resulten.” Artic. 27). La tecnología resultante de la aplicación de nuevo conocimiento ha sido valorada por muchos como una fuente de eliminación de trabajos poco cualificados. Y esto ha sido siempre así. Lo que no cabe duda es que la tecnología provoca más oportunidades -de beneficios superiores- a quienes la poseen que a quienes la usan o la compran. La discusión relevante no es la anterior, sino la reconsideración de cómo se aplican los beneficios de la tecnología, si genera desigualdades significativas y si su elaboración proviene de recursos públicos y no solo privados. La cuestión de fondo es: ¿los beneficios de la aplicación del conocimiento, en forma de tecnología, se corresponden con las inversiones privadas y públicas que conducen a los procesos de invención y de preparación de los investigadores? La ciencia es un activo social público, pero en su aplicación en forma de tecnología se restringe su empleo a través de la propiedad de las patentes. Las empresas invierten el I+D pero la mayor parte de la formación de los investigadores se han desarrollado con dineros públicos en la educación superior, doctorados y formación sufragada en gran parte por las familias. Sin embargo la tecnología propiedad de las empresas es una gran fuente de absorción de los beneficios que crea el resultado del nuevo conocimiento en los mercados mundiales. En esto las grandes empresas disponen de mayores ventajas respecto a las pequeñas, contratando expertos investigadores ya que disponen de grandes cuotas de mercado para rentabilizar las infraestructuras de investigación y gestión de patentes.

9.-El noveno y último aspecto que reúne consecuencias de los anteriores es una actitud dominante en el que se prima al individuo y sus derechos, sin ahondar en las obligaciones inherentes a la relación con los demás. Venimos de sociedades más rurales, no hace tanto tiempo, donde el sentido de lo común, las tradiciones, la casa, la familia, el pueblo y las organizaciones de recursos comunes administraban las iniciativas personales, buscando un mayor bienestar para la supervivencia de lo colectivo. Las relaciones intergeneracionales están cambiando hacia un mayor aislamiento de los mayores. El individuo estaba más al servicio del grupo, que el grupo al servicio del individuo. Esto ha cambiado para siempre, y ahora es el individuo el poseedor de derechos, lo que retroalimenta la intensa actitud individualista. Todo son reivindicaciones y violación de derechos propios, en una búsqueda de la igualdad por la comparación hacia arriba. La responsabilidad de lo colectivo está ajena a la persona y conduce a la heteroresponsabilidad en todos los ámbitos. Cuando se detecta un problema personal o colectivo se desplaza la responsabilidad hacia el otro, sea individuo, entidad privada o pública. Ya desde niños aprendemos eso de “se ha caído la botella” cuando queremos decir que “sin querer” la hemos empujado con el brazo. La botella no se suicida intencionadamente. Pero a gran escala este pensamiento está inserto en nuestra sociedad y nos hace falazmente heteroresponsables, asegurando que la culpa es del otro. La vida de los humanos no está pensada como especie para sobrevivir mucho tiempo, sino más bien para otorgar a cada individuo unos falsos sucedáneos de supremacía que se esfuman en el muy corto plazo. La técnica nos hace más longevos a la vez que contribuye a fomentar el individualismo, y la función de cuidar ya no forma parte de la esencia de las valiosas interacciones personales.

Resumiendo lo dicho: el coronavirus no es el enemigo, es sólo un adversario biológico no inteligente (ABNI), el enemigo son nuestras formas de pensar, actuar y organizar la vida de los humanos. Sin visión de largo, desdeñando el valor del conocimiento, compitiendo por todo, errando en la felicidad, abandonando el planeta, despoblando el campo, engañando a las normas colectivas, llevando la tecnología solo a los negocios y no a la sociedad, y tras ello actuando de forma individualista y heteroresponsable. La solución y el desastre no son una cuestión sanitaria, económica o ideológica, es pura antropología de una especie.